

## LA TRAGEDIA DEL "APARTHEID" \*

LUIS G. ZORRILLA,  
*del Servicio Exterior Mexicano*

La estratificación de sociedades impuesta por la fuerza y por las leyes no es un hecho reciente o aislado. Esas leyes que reglamentan la separación han abarcado desde situaciones flexibles y transitorias hasta las de carácter rígido que cavan simas infranqueables que van desde la cuna hasta la tumba de los componentes de cada grupo. Lo que sí es una novedad en nuestros días es que, a pesar de las corrientes generales del pensamiento filosófico, que rechazan y condenan toda diferenciación social o jurídica que pretenda basarse en el color de la piel, exista un Estado, la Unión Sudafricana, en el cual el poder público juega todas sus cartas al triunfo de la segregación racial. Y más insólito todavía es el hecho de que el grupo que detenta el poder con base en la supremacía de la raza blanca se halle en abrumadora minoría ante una población de color oscuro, precisamente en el continente africano. Y si a ello se agrega que paralelamente al tiempo en que las leyes segregacionistas proliferan y se aplican ahí con mayor rigor, los pueblos del África se emancipan movidos por un nacionalismo que pide y logra el poder para la población autóctona, se concluye que la actitud de la Unión Sudafricana va a un seguro fracaso. Tal es el tema del libro de Norman Phillips.

El autor, periodista canadiense, se trasladó a la Unión Sudafricana cuando ocurrió la matanza de Sharperville el 21 de marzo de 1960, la que dejó frente al edificio de la policía local a 67 muertos y a 187 heridos. Las demostraciones que siguieron en muchas otras poblaciones del país y que fueron epilógadas por la represión implacable de la resistencia pasiva en un de los barrios negros de la ciudad de El Cabo, dejaron un saldo mayor, incommensurable, de rencor y de experiencia entre la población sometida y entre los nuevos Estados africanos. Las dos causas inmediatas y altamente explosivas de la tragedia quedan señaladas en este libro y no son otras que la opresión política y la económica aplicadas con pretexto racial, siendo cada una de ellas suficiente por sí sola para producir malestar e inestabilidad en cualquier Es-

\* *The Tragedy of Apartheid*, by Norman Phillips, David McKay Co., New York, 1960.

tado. El sistema del "apartheid", palabra holandesa que puede traducirse por separación o segregación, proporciona leyes y reglamentos que se encargan de mantener esta situación.

De la historia de los colonos holandeses que comenzaron a llegar al extremo sur del Continente a partir de 1652, parece querer derivar Phillips la situación difícil en que se encuentra actualmente el país que han organizado. La primera resistencia nativa la encontraron en 1779 al proseguir la penetración, a escasos 300 kilómetros de El Cabo, en el río Great Fish. La Gran Bretaña se apoderó de la colonia durante las guerras napoleónicas y comenzó a enviar emigrantes, pero los colonos holandeses no aceptaron la abolición de la esclavitud decretada en 1833 y marcharon más al interior con todas sus pertenencias para organizar Estados independientes, los que fueron reducidos de nueva cuenta por la Gran Bretaña a fines del siglo durante la guerra de los Boers. Muy pronto el país unido por la fuerza adquirió autonomía dentro del Imperio constituyéndose en miembro de la Comunidad Británica de Naciones, bajo sistema parlamentario que desde un principio ha tenido únicamente, como jefes de Gobierno, a elementos surgidos de la comunidad neerlandesa, la que sobrepasa a la inglesa en una proporción de seis a cuatro. Las estadísticas raciales, necesarias para aplicar el "apartheid", señalan que la población europea llega en su conjunto a 3 000 000, que la negra está constituida por 9 600 000, la mulata por 1 360 000 y la hindú por 440 000. Si bien de hecho el Estado ha sido gobernado por la población blanca, la hindú y la mulata tenían representantes en el Parlamento y la negra tenía como voceros a diputados blancos hasta que al recrudecerse la segregación, a partir de 1948, esas representaciones comenzaron a ser objetadas y acabaron por ser abolidas en 1958. En otras palabras, en el Gobierno de la Unión Sudafricana no tiene voz ni voto el 80 % de la población.

El partido en el poder, autor y ejecutor de la extrema segregación imperante, es el Nacionalista, que cuenta con las dos terceras partes de los miembros del Parlamento, mientras la débil oposición se ha dividido en los partidos Unido y Progresista, que aunque también formado por segregacionistas, pugnan por reducir la tensión racial suavizando o eliminando algunas leyes. La mayoría nativa contaba con una organización política llamada Partido del Congreso Nacional Africano, hasta que fue declarado fuera de la ley, no obstante que sus tendencias iban encaminadas a la organización de una sociedad multi-racial por medios estrictamente pacíficos y legales. Su dirigente, Albert John Luthuli, para quien no oculta

su simpatía y admiración el autor, al ser entrevistado por éste hizo declaraciones cuyo tono recuerda a las de Gandhi. De ese partido se separó el Pan-Africano, también ilegal, resuelto a la acción, aunque asimismo pacífica y legal, pero demandando derechos iguales para la población negra a más tardar para 1963; esa igualdad política lleva implícita la entrega del poder a los aborígenes. El símbolo de la sujeción lo han venido a constituir los pases o tarjetas de identidad que expide el Estado a todas las personas de "color" mayores de dieciséis años, sin los cuales no pueden obtener trabajo ni transitar por las calles y caminos, siendo encarceladas anualmente decenas de millares por no llevarlos consigo. Las protestas o la instigación contra las leyes segregacionistas acarrearán el estigma de comunista, la cárcel hasta por cinco años, multas elevadas, azotes y persecución implacable, pues el orden se mantiene por el terror. La prensa está estrechamente vigilada y reglamentada. Las demostraciones de marzo de 1960 respondieron a un llamado de los dirigentes africanos para destruir los pases, de modo que no podrían trabajar y serían arrestados en masa creando una situación insostenible para el Gobierno. Fue un ensayo frustrado; pero el pueblo descubrió que las armas las tiene en sus brazos.

La Unión Sudafricana es un país rico y próspero que produce la mitad del oro del mundo y gran parte de la producción mundial de lana, diamantes y uranio, que industrializa rápidamente. Mientras 700 000 europeos poseen aproximadamente 125 000 000 de hectáreas de las mejores tierras, 6 000 000 de africanos son dueños apenas de 19 000 000, de modo que sus ingresos son bajísimos. Los 482 145 africanos que laboraron en las minas en 1958, con los salarios más altos que pueden obtener en su patria, ganaron un promedio de Dls. 15.62 al mes por persona, con los cuales sostienen a sus familias pagando por todo los mismos precios altos que prevalecen para el europeo. Pero no es eso todo; los salarios de los peones que con un sistema de enganche usado extensamente en la Unión trabajan en las granjas de europeos, alcanzan a dólares 8.40 al mes por persona o a Dls. 25.20 para una familia en la que todos laboran, salarios que reciben en dinero y en especie. A esta fuerza de trabajo barato se viene a agregar la representada por los convictos por faltas ligeras, quienes son alquilados por el Estado a los patrones a razón de Dls. 0.10 al día, para ayudar a cubrir los gastos de manutención. Y si un granjero construye una prisión en su propiedad, el Estado la dota de personal y de prisioneros, teniendo así aquél a su disposición la mano de obra ideal. A pesar de todo, fluye

gente de los territorios ingleses y portugueses vecinos en busca de empleo.

La Iglesia Holandesa Reformada, calvinista, proporciona la justificación moral y espiritual para el "apartheid" al dictaminar que es la voluntad de Dios segregar a las razas, que la grey blanca está predestinada a dominar en África y que la población negra tiene mayor propensión a pecar. No es por lo tanto sorprendente que las protestas desordenadas contra esta sociedad predestinada, a menudo hayan terminado prendiendo fuego a los templos. El 90 % de la población africana es analfabeta y es a través de una educación dirigida como se quiere conservarla sumisa. La Ley de Educación Bantú tiene como propósito enseñar únicamente lo suficiente de los idiomas inglés y holandés para que el africano pueda "entender instrucciones orales o escritas y sostener conversaciones sencillas con los europeos acerca de su trabajo u otros tópicos de interés común" (p. 102). A pesar de que casi toda la fuerza de trabajo es africana, hasta muy recientemente sólo el 5 % de las escuelas eran sostenidas por el Estado, estando el resto en manos de misiones y congregaciones religiosas. No se alienta el estudio de carreras entre los africanos y su educación superior sufrió un golpe con el recrudescimiento del "apartheid", que prohibió a las personas de raza negra asistir a las tres universidades en las que eran admitidas, para no crear la impresión errónea, entre los no blancos, de que al adquirir cierto nivel cultural pasaban la línea de la separación. Todo lo hasta aquí comentado, las detenciones y arrestos sin orden judicial, las penas ligeras impuestas al blanco que delinque en contra de un negro y las abrumadoras para el negro que ofende al blanco, la imposibilidad de que los no blancos obtengan ocupaciones bien remuneradas, el círculo sin salida que abate y degrada, las prohibiciones de todas las magnitudes, vuelven secundarios los demás reglamentos ofensivos para la dignidad humana, como las separaciones practicadas en los medios de transporte, en los servicios públicos, en las playas, etc. En suma, un Estado-policía que Phillips compara, por su despliegue de fuerza, con la Alemania nazi en sus días de gloria.

Pasa de lado el autor la posición de la Unión ante la opinión pública mundial que se ha dejado oír en la prensa, en congresos y desde hace muchos años en la O.N.U., instándola a rectificar su política racista. El país responde siempre que no acepta intromisiones en asuntos de su jurisdicción interna; olvida que los derechos humanos interesan fuertemente a la comunidad de naciones y que el agudizar el problema

de la segregación racial puede implicar un peligro para la paz. Menciona al extenso territorio del Sudoeste Africano, que le fue entregado en mandato por la Sociedad de las Naciones y que unilateralmente, de hecho, se ha anexado, extendiendo sobre él la segregación.

El libro todo es una denuncia en que brotan a borbotones los ejemplos de oprobio de que es capaz el ser humano en sus relaciones con sus semejantes, y si bien se trata de "un reportaje" con las limitaciones de que adolece esta clase de información —entre las que se echa de ver cierta tendencia a causar efecto, que no necesita, y algún desorden en la exposición de los temas fundamentales—, como tal tiene el mérito de exponer pronto y claro cuál es el problema y el estado en que se encuentra en el momento presente. El ojo observador del periodista y las entrevistas y pláticas que sostuvo con las más diversas personalidades, lo convencieron de que la situación que vio en la Unión Sudafricana está en peligro cercano de acabar en forma violenta. Lo sorprendente es que el día del gran holocausto no haya llegado todavía.

## CAMBIOS SOCIALES EN LA AMÉRICA HISPANA CONTEMPORÁNEA

FRANK B. SAVAGE  
*del Mexico City College*

Esta obra<sup>1</sup> se compone de seis ensayos o, mejor dicho, seis breves estudios socioeconómicos, que tratan de varios países estratégicos hispanoamericanos. Después de una introducción general intitulada "Algunos apuntes para la política exterior" escrita por John P. Gillin, Decano de Ciencias Sociales de la Universidad de Pittsburgh, la cual abarca desde el punto de vista histórico los problemas básicos con los que se enfrentan la mayor parte de la América Latina, este libro desarrolla estudios sobre el Perú ("Evolución de actitudes y valores en el Perú: estudio práctico en los cambios sociales dirigidos", por Allan R. Holmberg, profesor de antropología de la Universidad de Cornell); sobre Bolivia ("Bolivia: la

<sup>1</sup> Richard N. Adams *et al*, *Social Change in Latin American Today: The Implications for United States Policy*. Harper and Brothers (publicado para el Council on Foreign Relations), Nueva York, 1960.